

## **Misterio para vivir**

(Mt 28, 16-20)

A veces cuando queremos explicar demasiado las cosas lo estropeamos todo. Sin embargo, hay realidades en la vida que son más grandes que cualquier explicación. En cualquier caso no solemos conformarnos con sentir, queremos entender, y por eso organizamos nuestras experiencias a través de conceptos, símbolos, argumentaciones que nos hacen entendernos a nosotros mismos y entender el mundo, pero que nunca agotan la amplitud de lo que somos y sentimos.

A veces todavía no hemos llegado a experimentar algo, pero otros muchos lo han hecho y lo han descrito, y entonces nos agarramos a sus explicaciones como verdaderas. Pero, y esto es importante, hasta que no se conviertan en experiencia propia no serán algo fundamental en nuestra vida. Baste pensar en el amor, en la muerte, en el miedo... Lo mismo pasa con Dios y el misterio íntimo de su vida. Con su ser trinitario.

No basta saber que Dios es Padre. Esta palabra sólo llega a hacerse buena noticia cuando conseguimos pronunciarla en gracia y en desgracia, cuando sirve para expresar la confianza que nos habita en relación a Él y nunca nos abandona.

No basta saber que Dios ha enviado a su Hijo. Esta palabra sólo llega a hacerse buena noticia cuando viviendo sus enseñanzas descubrimos que son el camino hacia la plenitud de nuestra propia humanidad. Cuando descubrimos que a su lado podemos escuchar también nosotros aquel susurro divino: “tú eres mi hijo, en ti me complazco”, a pesar de nuestra pequeñez y pecado.

No basta con saber que Dios es Espíritu de vida. Esto sólo se convierte en buena noticia cuando se percibe que somos levantados de toda caída por él, también de la última cuando ya nada de este mundo pueda ayudarnos.

Queda claro entonces que no basta con vivir del catecismo o de frases hechas, aunque sean las más sagradas. Es necesaria la experiencia de fe que está detrás de ellas, pues sólo está puede darnos vida. Y después, si sabemos explicarlo, bien, y si no sabemos explicarlo del todo aceptemos que Dios y nosotros somos siempre más grandes que cualquier explicación. Hoy, domingo de la Santísima Trinidad, el evangelio no explica mucho, sino que nos invita a acoger la palabra de los enviados por Cristo, a convertirnos en discípulos y a bautizarnos no con agua sino con la vida entera de Dios. Pues Él es nuestro hogar hasta el fin del mundo y aún más allá.